

FREUD, S. "OBRAS COMPLETAS" - Tomo VII
Tres ensayos de teoría sexual" - Punto II
Amorrortu Editores 5ª reimpresión - Buenos Aires - 1993

II. La sexualidad infantil

EL DESCUIDO DE LO INFANTIL. Forma parte de la opinión popular acerca de la pulsión sexual la afirmación de que ella falta en la infancia y sólo despierta en el período de la vida llamado pubertad. No es este un error cualquiera: tiene graves consecuencias, pues es el principal culpable de nuestra presente ignorancia acerca de las bases de la vida sexual. Un estudio a fondo de las manifestaciones sexuales de la infancia nos revelaría probablemente los rasgos esenciales de la pulsión sexual, dejaría traslucir su desarrollo y mostraría que está compuesta por diversas fuentes.

Cosa notable: los autores que se han ocupado de explicar las propiedades y reacciones del individuo adulto prestaron atención mucho mayor a la prehistoria constituida por la vida de los antepasados (vale decir, atribuyeron una influencia mucho más grande a la herencia) que a la otra prehistoria, la que se presenta ya en la existencia individual: la infancia. Y eso que, según debería suponerse, la influencia de este período de la vida es más fácil de comprender, y tendría títulos para ser considerada antes que la de la herencia. (1) Es cierto que en la bibliografía hallamos ocasionales noticias acerca de una práctica sexual temprana en niños pequeños, acerca de erecciones, de la masturbación y aun de acciones parecidas al coito. Pero se las menciona siempre como procesos excepcionales, como curiosidades o como horrorosos ejemplos de temprana corrupción. Que yo sepa, ningún autor ha reconocido con claridad que la existencia de una pulsión sexual en la infancia posee el carácter de una ley. Y en los escritos, ya numerosos, acerca del desarrollo del niño, casi siempre se omite tratar el desarrollo sexual. (2)

AMNESIA INFANTIL. La razón de este asombroso descuido la busco, en parte, en los reparos convencionales de los autores a consecuencia de su propia educación, y en parte en un fenómeno psíquico que hasta ahora se ha sustraído de toda explicación. Aludo a la peculiar amnesia que en la mayoría de los seres humanos (¡no en todos!) cubre los primeros años de su infancia, hasta el sexto o el octavo año de vida. Hasta ahora no se nos ha ocurrido asombrarnos frente al hecho de esa amnesia; pero tendríamos buenas razones para ello. En efecto, se nos informa que en esos años, de los que después no conservamos en la memoria sino unos jirones incomprensibles, reaccionábamos con vivacidad frente a las impresiones, sabíamos exteriorizar dolor y alegría de una manera humana, mostrábamos amor, celos y otras pasiones que nos agitaban entonces con violencia, y aun pronunciábamos frases que los adultos registraron como buenas pruebas de penetración y de una incipiente capacidad de juicio. Y una vez adultos, nada de eso sabemos por nosotros mismos. ¿Por qué nuestra memoria quedó tan retrasada respecto de nuestras otras actividades anímicas? Máxime cuando tenemos fundamento para creer que en ningún otro período de la vida la capacidad de reproducción y de recepción es mayor, justamente, que en los años de la infancia. (3)

Por otro lado, tenemos que suponer - o podemos convencernos de ello merced a la indagación psicológica de otras personas - que esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior. No puede tratarse, pues, de una desaparición real de las impresiones infantiles,

sino de una amnesia semejante a la que observamos en los neuróticos respecto de vivencias posteriores y cuya esencia consiste en un mero apartamiento de la conciencia (represión). Ahora bien, ¿cuáles son las fuerzas que provocan esta represión de las impresiones infantiles? Quien solucione este enigma habrá esclarecido al mismo tiempo la amnesia histérica.

Comoquiera que sea, no dejaremos de destacar que la existencia de la amnesia infantil proporciona otro punto de comparación entre el estado anímico del niño y el del psiconeurótico. Ya encontramos un punto semejante cuando se nos impuso la fórmula de que la sexualidad de los psiconeuróticos conserva el estado infantil o ha sido remitida a él. ¿Y si la amnesia infantil misma debiera ponerse en relación con las mociones sexuales de la infancia?

En verdad, es algo más que un mero juego de ingenio enlazar la amnesia infantil con la histérica. Esta última, que se halla al servicio de la represión, sólo se vuelve explicable por la circunstancia de que el individuo ya posee un acervo de huellas mnémicas que se han sustraído a su asequebilidad conciente y que ahora, mediante una ligazón asociativa, arrastran hacia sí aquello sobre lo cual actúan, desde la conciencia, las fuerzas repulsoras de la represión. (4) Sin amnesia infantil, podríamos decir, no habría amnesia histérica. (5) En mi opinión, pues, la amnesia infantil, que convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir prehistórico, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual. Un solo observador no puede llenar las lagunas que ello ha engendrado en nuestro conocimiento. Ya en 1896 (6) destacué la relevancia de los años infantiles para la génesis de ciertos importantes fenómenos, dependientes de la vida sexual, y después no he cesado de traer al primer plano el factor infantil de la sexualidad.

[1.] El período de latencia sexual de la infancia y sus rupturas

Los hallazgos extraordinariamente frecuentes de mociones sexuales que se creían excepciones y casos atípicos en la infancia, así como la revelación de los recuerdos infantiles de los neuróticos, hasta entonces inconcientes (7) permiten quizá trazar el siguiente cuadro de la conducta sexual en ese período: Parece seguro que el neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación; esta, a su vez, puede ser quebrada por oleadas regulares de avance del desarrollo sexual o suspendida por peculiaridades individuales. Nada seguro se conoce acerca del carácter legal y la periodicidad de esta vía oscilante de desarrollo. Parece, empero, que casi siempre hacia el tercero o cuarto año de vida del niño su sexualidad se expresa en una forma asequeble a la observación. (8)

LAS INHIBICIONES SEXUALES. Durante este período de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral). En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación. Esta última se atiene por entero a la esfera de competencia que se le ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño algo más ordenado y profundo.

FORMACIÓN REACTIVA y SUBLIMACIÓN. ¿Con qué medios se ejecutan estas construcciones tan importantes para la cultura personal y la normalidad posteriores del individuo? Probablemente a expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este - período de latencia, pero cuya energía - en su totalidad o en su mayor parte- es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. Los historiadores de la cultura parecen contestes en suponer que mediante esa

desviación de las fuerzas pulsionales sexuales de sus metas, y su orientación hacia metas nuevas (un proceso que merece el nombre de sublimación), se adquieren poderosos componentes para todos los logros culturales. Agregaríamos, entonces, que un proceso igual tiene lugar en el "desarrollo del individuo, y situaríamos su comienzo en el período de latencia sexual de la infancia. (9)

Puede, asimismo, arriesgarse una conjetura acerca del mecanismo de tal sublimación. Las mociones sexuales de estos años infantiles serían, por una parte, inaplicables, pues las funciones de la reproducción están diferidas, lo cual constituye el carácter principal del período de latencia; por otra parte, serían en sí perversas, esto es, partirían de zonas erógenas y se sustentarían en pulsiones que dada la dirección del desarrollo del individuo sólo provocarían sensaciones de displacer. Por eso suscitan fuerzas anímicas contrarias (mociones reactivas) que construyen, para la eficaz sofocación de ese displacer, los mencionados diques psíquicos: asco, vergüenza y moral. (10)

RUPTURAS DEL PERÍODO DE LATENCIA. Sin hacemos ilusiones en cuanto a la naturaleza hipotética y a la insuficiente claridad de nuestras intelecciones sobre los procesos del período infantil de latencia o de diferimiento, volvamos a hacer pie en la realidad para indicar que ese empleo de la sexualidad infantil constituye un ideal pedagógico del cual el desarrollo del individuo se aparta casi siempre en algunos puntos, y a menudo en medida considerable. De tiempo en tiempo irrumpe un bloque de exteriorización sexual que se ha sustraído a la sublimación, o cierta práctica sexual se conserva durante todo el período de latencia hasta el estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad. Los educadores, en la medida en que prestan alguna atención a la sexualidad infantil, se conducen como si compartieran nuestras opiniones acerca de la formación de los poderes de defensa morales a expensas de la sexualidad, y como si supieran que, la práctica sexual hace ineducable al niño; en efecto, persiguen como «vicios» todas las exteriorizaciones sexuales del niño, aunque sin lograr mucho contra ellas. Ahora bien, nosotros tenemos fundamento para interesarnos en estos fenómenos temidos por la educación, pues esperamos que ellos nos esclarezcan la conformación originaria de la pulsión sexual.

[2.] Las exteriorizaciones de la sexualidad infantil

EL CHUPETEO. Por motivos que después se verán, tomaremos como modelo de las exteriorizaciones sexuales infantiles el chupeteo (el mamar con fruición), al que el pediatra húngaro Lindner ha consagrado un notable estudio (1879). (11)

El chupeteo {Ludeln o Lutschen}, que aparece ya en el lactante y puede conservarse hasta la madurez o persistir toda la vida, consiste en un contacto de succión con la boca (los labios), repetido rítmicamente, que no tiene por fin la nutrición. Una parte de los propios labios, la lengua, un lugar de la piel que esté al alcance -aun el dedo gordo del pie-, son tomados como objeto sobre el cual se ejecuta la acción de mamar. Una pulsión de presión que emerge al mismo tiempo suele manifestarse mediante un simultáneo tiro neo rítmico del lóbulo de la oreja y el apoderamiento de una parte de otra persona (casi siempre de su oreja) con el mismo fin. La acción de mamar con fruición cautiva por entero la atención y lleva al adormecimiento o incluso a una reacción motriz en una suerte de orgasmo. (12) No es raro que el mamar con fruición se combine con el frotamiento de ciertos lugares sensibles del cuerpo, el pecho, los genitales externos. Por esta vía, muchos niños pasan del chupeteo a la masturbación.

El propio Lindner (13) ha reconocido la naturaleza sexual de esta acción y la ha destacado sin reparos. En la crianza, el chupeteo es equiparado a menudo a las otras «malas costumbres» sexuales del niño. Muchos pediatras y neurólogos han objetado con energía esta concepción; pero en parte su objeción descansa, sin duda alguna, en la confusión de «sexual» con «genital». Ese disenso plantea una cuestión difícil e inevitable: ¿Cuál es el carácter universal de las exteriorizaciones sexuales del niño, que nos permitiría reconocerlas? Opino que la concatenación de fenómenos que gracias a la indagación psicoanalítica hemos podido inteligir nos autoriza a considerar el chupeteo como una exteriorización sexual y a estudiar justamente en él los rasgos esenciales de la práctica sexual infantil. (14)

AUTOEROTISMO. Tenemos la obligación de considerar más a fondo este ejemplo. Destaquemos, como el carácter más llamativo de esta práctica sexual, el hecho de que la pulsión no está dirigida a otra persona; se satisface en el cuerpo propio, es autoerótica, para decirlo con una feliz designación introducida por Havelock Ellis [1898].(15)

Es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer -ya vivenciado, y ahora recordado- o Así, en el caso más simple, la satisfacción se obtiene mamando rítmicamente un sector de la piel o de mucosa. Es fácil colegir también las ocasiones que brindaron al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados), no pudo menos que familiarizarlo con ese placer" Diríamos que los labios del niño se comportaron como una zona erógena, y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera. Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse. El quehacer sexual se apuntala {anlehnen} primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. (16) Quien vea a un niño saciado adormecerse en el pecho materno, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa beatífica, no podrá menos que decirse que este cuadro sigue siendo decisivo también para la expresión de la satisfacción sexual en la vida posterior. La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento, un divorcio que se vuelve inevitable cuando aparecen los dientes y la alimentación ya no se cumple más exclusivamente mamando, sino también masticando. El niño no se sirve de un objeto ajeno para mamar; prefiere una parte de su propia piel porque le resulta más cómodo, porque así se independiza del mundo exterior al que no puede aún dominar, y porque de esa manera se procura, por así decir, una segunda zona erógena, si bien de menor valor. El menor valor de este segundo lugar lo llevará más tarde a buscar en otra persona la parte correspondiente, los labios. (Podríamos imaginarlo diciendo: «Lástima -que no pueda besarme a mí mismo».)

No todos los niños chupetean. Cabe suponer que llegan a hacerla aquellos en quienes está constitucionalmente reforzado el valor erógeno de la zona de los labios. Sí este persiste, tales niños, llegados a adultos, serán grandes gustadores del beso, se inclinarán a besos perversos o, si son hombres, tendrán una potente motivación intrínseca para beber y fumar. Pero si sobreviene la represión, sentirán asco frente a la comida y producirán vómitos histéricos. Siendo la zona labial un campo de acción recíproca {Gemeinsamkeit}, la represión invadirá la pulsión de nutrición. Muchas de mis pacientes (17) con trastornos alimentarios, globus hystericus, estrangulamiento de la garganta y vómitos, fueron en sus años infantiles enérgicas chupeteadoras.

En el chupeteo o el mamar con fruición hemos observado va los tres caracteres "esenciales de una exteriorización sexual infantil. Esta nace apuntalándose en una de las funciones corporales importantes para la vida; (18) todavía no conoce un objeto sexual, pues es autoerótica, y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena. Anticipemos que estos caracteres son válidos también para la mayoría de las otras prácticas de la pulsión sexual infantil.

[3.] La meta sexual de la sexualidad infantil

CARACTERES DE LAS ZONAS ERÓGENAS. Todavía podemos extraer muchas cosas del ejemplo del chupeteo con miras a caracterizar lo que es una zona erógena. Es un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad. No hay ninguna duda de que los estímulos productores de placer están ligados a particulares condiciones; pero no las conocemos. Entre ellas, el carácter rítmico no puede menos que desempeñar un papel: se impone la analogía con las cosquillas. Parece menos seguro que se pueda designar «particular» al carácter de la sensación placentera provocada por el estímulo -particularidad en la que estaría contenido, justamente, el factor sexual- En asuntos de placer y displacer, la psicología tantea todavía demasiado en las tinieblas,

por lo cual es recomendable adoptar la hipótesis más precavida. Quizá más adelante hallemos fundamentos que parezcan apoyar la particularidad como cualidad de esa sensación placentera.

La propiedad erógena puede adherir prominentemente a ciertas partes del cuerpo. Existen zonas erógenas predestinadas, como lo muestra el chupeteo; pero este mismo ejemplo nos enseña también que cualquier otro sector de piel o de mucosa puede prestar los servicios de una zona erógena, para lo cual es forzoso que conlleve una cierta aptitud. Por tanto, para la producción de una sensación placentera, la cualidad del estímulo es más importante que la complejidad de las partes del cuerpo. El niño chupeteador busca por su cuerpo y escoge algún sector para mamárselo con fruición; después, por acostumbamiento, este pasa a ser el preferido. Cuando por casualidad tropieza con uno de los sectores predestinados (pezones, genitales), desde luego será este el predilecto. Tal capacidad de desplazamiento reaparece en la sintomatología de la histeria de manera enteramente análoga. En esta neurosis, la represión afecta sobre todo a las zonas genitales en sentido estricto, las que prestan su estimulabilidad a las restantes zonas erógenas, que de otro modo permanecerían relegadas en la vida adulta; entonces, estas se comportan en un todo como los genitales. Pero, además, tal como ocurre en el caso del chupeteo, cualquier otro sector del cuerpo puede ser dotado de la excitabilidad de los genitales y elevarse a la condición de zona erógena. Las zonas erógenas e histerógenas exhiben los mismos caracteres. (19)

META SEXUAL INFANTIL. La meta sexual de la pulsión infantil consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena que, de un modo u otro, se ha escogido. Para que se cree una necesidad de repetirla, esta satisfacción tiene que haberse vivenciado antes; y es lícito pensar que la naturaleza habrá tomado seguras medidas para que esa vivencia no quede librada al azar. (20) Ya tomamos conocimiento de la organización previa que cumple este fin respecto de la zona de los labios: el enlace simultáneo de este sector del cuerpo con la nutrición. Todavía habremos de hallar otros dispositivos similares como fuentes de la sexualidad. En cuanto estado, la necesidad de repetir la satisfacción se trasluce por dos cosas: un peculiar sentimiento de tensión, que posee más bien el carácter del displacer, y una sensación de estímulo o de picazón condicionada centralmente y proyectada a la zona erógena periférica. Por eso la meta sexual puede formularse también así: procuraría sustituir la sensación de estímulo proyectada sobre la zona erógena, por aquel estímulo externo que la cancela al provocar la sensación de la satisfacción. Este estímulo externo consistirá la mayoría de las veces en una manipulación análoga al mamar. (21)

Pero si es cierto que la necesidad puede suscitarse también periféricamente, por una alteración real en la zona erógena, ese hecho armoniza a la perfección con nuestro saber fisiológico. Sólo parece un poco sorprendente que, para cancelarse, un estímulo requiera de un segundo estímulo aplicado al mismo lugar.

[4.] Las exteriorizaciones sexuales masturbatorias (22)

No podrá sino alegrarnos sumamente el descubrir que, una vez estudiada la pulsión partiendo de una única zona erógena, no tenemos muchas más cosas importantes que aprender acerca de la práctica sexual del niño. Las diferencias más notables se refieren a los pasos que se necesita dar para obtener la satisfacción, que en el caso de la zona labial consistían en el mamar y que tendrán que sustituirse por otra acción muscular acorde con la posición y la complejidad de las otras zonas.

ACTIVACIÓN DE LA ZONA ANAL. La zona anal, a semejanza de la zona de los labios, es apta por su posición para proporcionar un apuntalamiento de la sexualidad en otras funciones corporales. Debe admitirse que el valor erógeno de este sector del cuerpo es originariamente muy grande. Por el psicoanálisis nos enteramos, no sin asombro, de las transmudaciones que experimentan normalmente las excitaciones sexuales que parten de él, y cuán a menudo conserva durante toda la vida una considerable

participación en la excitabilidad genital. (23) Los trastornos intestinales tan frecuentes en la infancia se ocupan de que no falten excitaciones intensas en esta zona. Los catarros intestinales en la más tierna edad tornan «nervioso» al niño, como suele decirse; si más tarde este contrae una neurosis, cobran una influencia determinante sobre su expresión sintomática y ponen a su disposición toda la suma de los trastornos intestinales y con referencia al valor erógeno del tracto anal (valor que se conserva, si no como tal, al menos en su trasmudación), no puede tomarse a risa la influencia de las hemorroides, a las que la vieja medicina concedía tanto peso para la explicación de los estados neuróticos.

Los niños que sacan partido de la estimulabilidad erógena de la zona anal se delatan por el hecho de que retienen las heces hasta que la acumulación de estas provoca fuertes contracciones musculares y, al pasar por el ano, pueden ejercer un poderoso estímulo sobre la mucosa. De esa manera tienen que producirse sensaciones voluptuosas junto a las dolorosas. Uno de los mejores signos anticipatorios de rareza o nerviosidad posteriores es que un lactante se rehúse obstinadamente a vaciar el intestino cuando lo ponen en la bacinilla, vale decir, cuando la persona encargada de su crianza lo desea, reservándose esta función para cuando lo desea él mismo. Lo que le interesa, desde luego, no es ensuciar su cuna; sólo procura que no se le escape la ganancia colateral de placer que puede conseguir con la defecación. Nuevamente, los educadores aciertan cuando llaman «díscolos» a los niños que «difieren» estas funciones.

El contenido de los intestinos, (24) que, en calidad de cuerpo estimulador, se comporta respecto de una mucosa sexualmente sensible como el precursor de otro órgano destinado a entrar en acción sólo después de la fase de la infancia, tiene para el lactante todavía otros importantes significados. Evidentemente, lo trata como a una parte de su propio cuerpo; representa el primer «regalo» por medio del cual el pequeño ser puede expresar su obediencia hacia el medio circundante exteriorizándolo, y su desafío, rehusándolo. A partir de este significado de «regalo», más tarde cobra el de «hijo», el cual, según una de las teorías sexuales infantiles (véase pág. 178), se adquiere por la comida y es dado a luz por el intestino.

La retención de las heces, que al comienzo se practica deliberadamente para aprovechar su estimulación masturbadora, por así decir, de la zona anal o para emplearla en la relación con las personas que cuidan al niño, es por otra parte una de las raíces del estreñimiento tan frecuente en los neurópatas. La significación íntegra de la zona anal se refleja, además, en el hecho de que se encuentran muy pocos neuróticos que no tengan sus usos escatológicos particulares, sus ceremonias y acciones similares, que mantienen en escrupuloso secreto. (25)

En niños mayores no es nada rara una genuina estimulación masturbatoria de la zona anal con ayuda del dedo y provocada por una picazón de condicionamiento central o sostenida periféricamente.

ACTIVACIÓN DE LAS ZONAS GENITALES. Entre las zonas erógenas del cuerpo infantil se encuentra una que no desempeña, por cierto, el papel principal ni puede ser la portadora de las mociones sexuales más antiguas, pero que está destinada a grandes cosas en el futuro. Tanto en los varones como en las niñas se relaciona con la micción (glande, clítoris), y en los primeros está dentro de un saco de mucosa, de manera que no puede faltarle estimulación por secreciones, que desde temprano son capaces de encender la excitación sexual. Las activaciones sexuales de esta zona erógena, que corresponde a las partes sexuales reales, son sin duda el comienzo de la posterior vida sexual «normal».

Por su situación anatómica, por el sobre aflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales (como las migraciones de lombrices intestinales en las niñas), es inevitable que la sensación placentera que estas partes del cuerpo son capaces de proporcionar se haga notar al niño ya en su período de lactancia, despertándole una necesidad de repetirla. Si se considera la suma de estas circunstancias y se repara en que las medidas adoptadas para mantener la limpieza difícilmente tendrán efectos diversos de los producidos por su ensuciamiento, se vuelve poco menos que forzoso concluir que mediante el onanismo del lactante, al que casi ningún individuo escapa, se establece el futuro primado de esta zona erógena para la actividad sexual. (26) La acción que elimina el estímulo y desencadena la satisfacción consiste en un contacto de frotación con la

mano o en una presión, sin duda prefigurada como un reflejo, ejercida por la mano o apretando los muslos. Esta última operación es con mucho la más frecuente en la niña. En el caso del varón, la preferencia por la mano señala ya la importante contribución que la pulsión de apoderamiento está destinada a prestar a la actividad sexual masculina. (27)

Redundará en beneficio de la claridad (28) indicar que es preciso distinguir tres fases en la masturbación infantil. La primera corresponde al período de lactancia, la segunda al breve florecimiento de la práctica sexual hacia el cuarto año de vida, y sólo la tercera responde al onanismo de la pubertad, el único que suele tenerse en cuenta.

LA SEGUNDA FASE DE LA MASTURBACIÓN INFANTIL. El onanismo del lactante parece desaparecer tras breve lapso; no obstante, su prosecución ininterrumpida hasta la pubertad puede constituir ya la primera gran desviación respecto del desarrollo a que se aspira para el ser humano en la cultura. Después del período de lactancia, en algún momento de la niñez, por lo común antes del cuarto año, la pulsión sexual suele despertar de nuevo en esta zona genital y durar un lapso, hasta que una nueva sofocación la detiene, o proseguir sin interrupción. Las relaciones posibles son muy diversas y sólo pueden elucidarse mediante el examen más pormenorizado de casos individuales. Pero todos los detalles de esta segunda activación sexual infantil dejan tras sí las más profundas (inconcientes) huellas en la memoria de la persona, determinan el desarrollo de su carácter si permanece sana, y la sintomatología de su neurosis si enferma después de la pubertad. (29) En este último caso, hallamos que este período sexual se ha olvidado, y se han desplazado los recuerdos concientes que lo atestiguan; ya dije que yo vincularía también la amnesia infantil normal con esta activación sexual infantil. Por medio de la exploración psicoanalítica se logra hacer conciente lo olvidado y, de esta manera, eliminar una compulsión que parte del material psíquico inconciente.

RETORNO DE LA MASTURBACIÓN DE LA LACTANCIA. La excitación sexual del período de lactancia retorna en los años de la niñez indicados; puede hacerla como un estímulo de picazón, condicionado centralmente, que reclama una satisfacción onanista, o como un proceso del tipo de una polución, que, de manera análoga a la polución de la época de madurez, alcanza la satisfacción sin ayuda de ninguna acción. Este último caso es el más frecuente en las niñas y en la segunda mitad de la niñez; no se lo conoce bien en su condicionamiento, y a menudo -aunque no regularmente- parece tener por premisa un período de onanismo activo anterior. La sintomatología de estas exteriorizaciones sexuales es pobre; del aparato sexual todavía no desarrollado da testimonio casi siempre el aparato urinario, que se presenta, por así decir, como su portavoz. La mayoría de las llamadas afecciones vesicales de esta época son perturbaciones sexuales; la enuresis nocturna, cuando no responde a un ataque epiléptico, corresponde a una polución.

Causas internas y ocasiones externas son decisivas para la reaparición de la actividad sexual; en casos de neurosis, ambas pueden colegirse a partir de la conformación de los síntomas y descubrirse con certeza mediante la exploración psicoanalítica. De las causas internas hablaremos más adelante; las ocasiones externas contingentes cobran en esa época una importancia grande y duradera. En primer término se sitúa la influencia de la seducción, que trata prematuramente al niño como objeto sexual y, en circunstancias que no pueden menos que provocarle fuerte impresión, le enseña a conocer la satisfacción de las zonas genitales; secuela de ello es casi siempre la compulsión a renovarla por vía onanista. Semejante influencia puede provenir de adultos o de otros niños; no puedo conceder que en mi ensayo sobre «La etiología de la histeria» (1896c) yo haya sobrestimado su frecuencia o su importancia, si bien es cierto que a la sazón todavía no sabía que individuos que siguieron siendo normales podían haber tenido en su niñez esas mismas vivencias, por lo cual otorgué mayor valor a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexuales. (30) Resulta evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas.

DISPOSICIÓN PERVERSA POLIMORFA. Es instructivo que bajo la influencia de la seducción el niño pueda convertirse en un perverso polimorfo, siendo descaminado a practicar todas las trasgresiones posibles. Esto demuestra que en su disposición trae consigo la aptitud para ello; tales trasgresiones tropiezan con escasas resistencias porque, según sea la edad del niño, no se han erigido todavía o están en formación los diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral. En esto el niño no se comporta diversamente de la mujer ordinaria, no cultivada, en quien se conserva idéntica disposición perversa polimorfa. En condiciones corrientes, ella puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla, es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones.

PULSIONES PARCIALES. En lo demás, la influencia de la seducción no ayuda a descubrir la condición inicial de la pulsión sexual, sino que confunde nuestra intelección de ella, en la medida en que aporta prematuramente al niño el objeto sexual, del cual la pulsión sexual infantil no muestra al comienzo necesidad alguna. De cualquier manera, tenemos que admitir que también la vida sexual infantil, a pesar del imperio que ejercen las zonas erógenas, muestra componentes que desde el comienzo envuelven a otras personas en calidad de objetos sexuales. De esa índole son las pulsiones del placer de ver y de exhibir, y de la crueldad. Aparecen con cierta independencia respecto de las zonas erógenas, y sólo más tarde entran en estrechas relaciones con la vida genital;(31) pero ya se hacen notables en la niñez como unas aspiraciones autónomas, separadas al principio de la actividad sexual erógena. Sobre todo, el niño pequeño carece de vergüenza, y en ciertos años tempranos muestra una inequívoca complacencia en desnudar su cuerpo poniendo particular énfasis en sus genitales. El correspondiente de esta inclinación considerada perversa, la curiosidad por ver los genitales de otras personas, probablemente se hace manifiesto sólo algo más avanzada la niñez, cuando el escollo del sentimiento de vergüenza ya se ha desarrollado en alguna medida. (32) Bajo la influencia de la seducción, la perversión de ver puede alcanzar gran importancia para la vida sexual del niño. No obstante, mis exploraciones de la niñez de personas sanas y de neuróticos me han llevado a concluir que la pulsión de ver puede emerger en el niño como una exteriorización sexual espontánea. Niños pequeños cuya atención se dirigió alguna vez a sus propios genitales -casi siempre por vía masturbatoria- suelen dar sin contribución ajena el paso ulterior, y desarrollar un vivo interés por los genitales de sus compañeritos de juegos. Puesto que la ocasión para satisfacer esa curiosidad se presenta casi siempre solamente al satisfacer las dos necesidades excrementicias, esos niños se convierten en voyeurs, fervientes mirones de la micción y la defecación de otros. Sobrevenida la represión de estas inclinaciones, la curiosidad de ver genitales de otras personas (de su propio sexo o del otro) permanece como una presión martirizante, que en muchos casos de neurosis presta después la más potente fuerza impulsora a la formación de síntoma.

Con independencia aún mayor respecto de las otras prácticas sexuales ligadas a las zonas erógenas, se desarrollan en el niño los componentes crueles de la pulsión sexual. La crueldad es cosa enteramente natural en el carácter infantil; en efecto, la inhibición en virtud de la cual la pulsión de apoderamiento se detiene ante el dolor del otro, la capacidad de compadecerse, se desarrollan relativamente tarde. Es notorio que no se ha logrado todavía el análisis psicológico exhaustivo de esta pulsión. Nos es lícito suponer que la moción cruel proviene de la pulsión de apoderamiento y emerge en la vida sexual en una época en que los genitales no han asumido aún el papel que desempeñarán después. Por tanto, gobierna una fase de la vida sexual que más adelante describiremos como organización pregenital. (33) Niños que se distinguen por una particular crueldad hacia los animales y los compañeros de juego despiertan la sospecha, por lo común confirmada, de una práctica sexual prematura e intensa proveniente de las zonas erógenas; y en casos de madurez anticipada y simultánea de todas las pulsiones sexuales, la práctica sexual erógena parece ser la primaria. La ausencia de la barrera de la

compasión trae consigo el peligro de que este enlace establecido en la niñez entre las pulsiones crueles y las erógenas resulte inescindible más tarde en la vida.

Desde las Confesiones de Jean-Jacques Rousseau, la estimulación dolorosa de la piel de las nalgas ha sido reconocida por todos los pedagogos como una raíz erógena de la pulsión pasiva a la crueldad (del masoquismo). Con acierto han deducido de ahí la exigencia de que el castigo corporal, que casi siempre afecta a esta parte del cuerpo, debe evitarse en el caso de todos aquellos niños cuya libido, por los posteriores reclamos de la educación cultural, pueda ser empujada hacia las vías colaterales. (34)

[5.] La investigación sexual infantil (35)

LA PULSIÓN DE SABER. A la par que la vida sexual del niño alcanza su primer florecimiento, entre los tres y los cinco años, se inicia en él también aquella actividad que se adscribe a la pulsión de saber o de investigar. La pulsión de saber no puede computarse entre los componentes pulsionales elementales ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad. Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y, por la otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver. Empero, sus vínculos con la vida sexual tienen particular importancia, pues por los/psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales, y aun quizás es despertada por estos.

EL ENIGMA DE LA ESFINGE. No son intereses teóricos sino prácticos los que ponen en marcha la actividad investigadora en el niño. La amenaza que para sus condiciones de existencia significa la llegada, conocida o barruntada, de un nuevo niño, y el miedo de que ese acontecimiento lo prive de cuidados y amor, lo vuelven reflexivo y penetrante. El primer problema que lo ocupa es, en consonancia con esta génesis del despertar de la pulsión de saber, no la cuestión de la diferencia entre los sexos, sino el enigma: « ¿De dónde vienen los niños?». (36) En una desfiguración que es fácil deshacer, es este el mismo enigma que proponía la Esfinge de Tebas. En cuanto al hecho de los dos sexos, al comienzo el niño no se revuelve contra él ni le opone reparo alguno. Para el varoncito es cosa natural suponer que todas las personas poseen un genital como el suyo, y le resulta imposible unir su falta a la representación que tiene de ellas.

COMPLEJO DE CASTRACIÓN Y ENVIDIA DEL PENE. El varoncito se aferra con energía a esta convicción, la defiende obstinadamente frente a la contradicción que muy pronto la realidad le opone, y la abandona sólo tras serias luchas interiores (complejo de castración). Las formaciones sustitutivas de este pene perdido de la mujer cumplen un importante papel en la conformación de múltiples perversiones. (37)

El supuesto de que todos los seres humanos poseen idéntico genital (masculino) es la primera de las asombrosas teorías sexuales infantiles, grávidas de consecuencias. De poco le sirve al niño que la ciencia biológica dé razón a su prejuicio y deba reconocer al clítoris femenino como un auténtico sustituto del pene. En cuanto a la niña, no incurre en tales rechazos cuando ve los genitales del varón con su conformación diversa. Al punto está dispuesta a reconocerla, y es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego.

TEORÍAS DEL NACIMIENTO. Muchas personas recuerdan con claridad cuán intensamente se interesaron en el período prepuberal por esta cuestión: ¿De dónde vienen los niños? Las soluciones anatómicas fueron en esa época de los más diversos tipos: vienen del pecho, son extraídos del vientre, o el ombligo se abre para dejarlos pasar. (38) En cuanto a la investigación correspondiente a los primeros años de la infancia, es muy raro que se la recuerde fuera del análisis; ha caído bajo la represión mucho

tiempo atrás, pero sus resultados fueron uniformes: los hijos se conciben por haber comido algo determinado (como en los cuentos tradicionales) y se los da a luz por el intestino, como a la materia fecal. Estas teorías infantiles traen a la memoria modalidades del reino animal, en especial la cloaca de los tipos zoológicos inferiores a los mamíferos.

CONCEPCIÓN SÁDICA DEL COMERCIO SEXUAL. Si a esa tierna edad los niños son espectadores del comercio sexual entre adultos, lo cual es favorecido por el convencimiento de los mayores de que el pequeño no comprende nada de lo sexual, no puede menos que concebir el acto sexual como una especie de maltrato o sojuzgamiento, vale decir, en sentido sádico. Por el psicoanálisis nos enteramos de que una impresión de esa clase recibida en la primera infancia contribuye en mucho a la disposición para un ulterior desplazamiento {descentramiento} sádico de la meta sexual. En lo sucesivo los niños se ocupan mucho de este problema: ¿En qué puede consistir el comercio sexual o -como dicen ellos- el estar casado? Casi siempre buscan la solución del secreto en alguna relación de comunidad {Gemeinsamkeit} proporcionada por las funciones de la micción o la defecación.

EL TÍPICO FRACASO DE LA INVESTIGACIÓN SEXUAL INFANTIL. Acerca de las teorías sexuales infantiles puede hacerse esta formulación general: son reflejos de la propia constitución sexual del niño y, pese a sus grotescos errores, dan pruebas de una gran comprensión sobre los procesos sexuales, mayor de la que se sospecharía en sus creadores. Los niños perciben también las alteraciones que el embarazo provoca en la madre y saben interpretarlas rectamente; a menudo escuchan con una desconfianza profunda, aunque casi siempre silenciosa, cuando les es contada la fábula de la cigüeña. Pero como la investigación sexual infantil ignora dos elementos, el papel del semen fecundante y la existencia de la abertura, sexual femenina -los mismos puntos, por lo demás, en que la organización infantil se encuentra todavía retrasada-, los esfuerzos del pequeño investigador resultan por lo general infructuosos y terminan en una renuncia que no rara vez deja como secuela un deterioro permanente de la pulsión de saber. La investigación sexual de la primera infancia es siempre solitaria; implica un primer paso hacia la orientación autónoma en el mundo y establece un fuerte extrañamiento del niño respecto de las personas de su contorno, que antes habían gozado de su plena confianza.

[6.] Fases de desarrollo de la organización sexual (39)

Hasta ahora hemos destacado los siguientes caracteres de la vida sexual infantil: es esencialmente autoerótica (su objeto se encuentra en el cuerpo propio) y sus pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta, enteramente desconectadas entre sí. El punto de llegada del desarrollo lo constituye la vida sexual del adulto llamada normal; en ella, la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena, han formado una organización sólida para el logro de la meta sexual en un objeto ajeno.

ORGANIZACIONES PREGENITALES. Ahora bien, con el auxilio del psicoanálisis podemos estudiar las inhibiciones y perturbaciones de este curso de desarrollo. Ello nos permite individualizar esbozos y etapas previas de una organización de las pulsiones parciales como la aludida, que al mismo tiempo dan por resultado una suerte de régimen sexual. Normalmente, estas fases de la organización sexual se recorren sin tropiezos, delatadas apenas por algunos indicios. Sólo en casos patológicos son activadas y se vuelven notables para la observación gruesa.

Llamaremos pregenitales a las organizaciones de la vida sexual en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico. Hasta aquí hemos tomado conocimiento de dos de ellas, que hacen la impresión de unas recaídas en estadios anteriores de la evolución zoológica.

Una primera organización sexual pregenital es la oral o, si se prefiere, canibática. La actividad sexual no se ha separado todavía de la nutrición, ni se han diferenciado opuestos dentro de ella. El objeto de una actividad es también el de la otra; la meta sexual consiste en la incorporación del objeto, el paradigma

de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante. El chupeteo puede verse como un resto de esta fase hipotética {fiktiv} que la patología nos forzó a suponer; en ella la actividad sexual, desasida de la actividad de la alimentación, ha resignado el objeto ajeno a cambio de uno situado en el cuerpo propio. (40)

Una segunda fase pregenital es la de la organización sádicoanal. Aquí ya se ha desplegado la división en opuestos, que atraviesa la vida sexual; empero, no se los puede llamar todavía masculino y femenino, sino que es preciso decir activo y pasivo. La actividad es producida por la pulsión de apoderamiento a través de la musculatura del cuerpo, y como órgano de meta sexual pasiva se constituye ante todo la mucosa erógena del intestino; empero, los objetos de estas dos aspiraciones no coinciden. Junto a ello, se practican otras pulsiones parciales de manera autoerótica. En esta fase, por tanto, ya son pesquisables la polaridad sexual y el objeto ajeno. Faltan todavía la organización y la subordinación a la función de la reproducción. (41)

AMBIVALENCIA. Esta forma de la organización sexual puede conservarse a lo largo de toda la vida y atraer permanentemente hacia sí una buena parte de la práctica sexual. El predominio del sadismo, y de la zona anal en el papel de cloaca, le imprimen un sesgo notablemente arcaico. Además, posee este otro carácter: los pares de opuestos pulsionales están plasmados en un grado aproximadamente igual, estado de cosas que se designa con el feliz término introducido por Bleuler: ambivalencia.

La hipótesis de las organizaciones pregenitales de la vida sexual descansa en el análisis de las neurosis; difícilmente se la pueda apreciar si no es con relación al conocimiento de estas. Tenemos derecho a esperar que el continuado empeño analítico nos depare datos mucho más amplios sobre el edificio y el desarrollo de la función sexual normal.

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consume una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. He ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual. (42)

LOS DOS TIEMPOS DE LA ELECCIÓN DE OBJETO. El siguiente proceso puede reclamar el nombre de típico: la elección de objeto se realiza en dos tiempos, en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos (43) y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder; se caracteriza por la naturaleza infantil de sus metas sexuales. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual.

Ahora bien, los hechos relativos al doble tiempo de la elección de objeto, que en lo esencial se reducen al efecto del período de latencia, cobran suma importancia en cuanto a la perturbación de ese estado final. Los resultados de la elección infantil de objeto se prolongan hasta una época tardía; o bien se los conserva tal cual, o bien experimentan una renovación en la época de la pubertad. Pero demuestran ser inaplicables, y ello a consecuencia del desarrollo de la represión, que se sitúa entre ambas fases. Sus metas sexuales han experimentado un atemperamiento, y figuran únicamente lo que podemos llamar la corriente tierna de la vida sexual. Sólo la indagación psicoanalítica es capaz de pesquisar, ocultas tras esa ternura, esa veneración y ese respeto, las viejas aspiraciones sexuales, ahora inutilizables, de las pulsiones parciales infantiles. La elección de objeto de la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente sensual. La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto tantas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto. (44)

[7.] Fuentes de la sexualidad infantil

En el empeño de rastrear los orígenes de la pulsión sexual hemos hallado hasta aquí que la excitación sexual nace: a) como calco de una satisfacción vivenciada a raíz de otros procesos orgánicos; b) por una apropiada estimulación periférica de zonas erógenas, y c) como expresión de algunas «pulsiones» cuyo origen todavía no comprendemos bien (p. ej., la pulsión de ver y la pulsión a la crueldad). Ahora bien, la investigación psicoanalítica que desde un período posterior se remonta hasta la infancia, y la observación contemporánea del niño mismo, se conjugan para mostrarnos otras fuentes de fluencia regular para la excitación sexual. La observación de niños tiene la desventaja de elaborar objetos que fácilmente originan malentendidos, y el psicoanálisis es dificultado por el hecho de que sólo mediante grandes rodeos puede alcanzar sus objetos y sus conclusiones; no obstante, los dos métodos conjugados alcanzan un grado suficiente de certeza cognoscitiva.

A raíz de la indagación de las zonas erógenas hemos descubierto que estos sectores de la piel muestran meramente una particular intensificación de un tipo de excitabilidad que, en cierto grado, es propio de toda la superficie de aquella. Por eso no nos asombrará enterarnos de que a ciertos tipos de estimulación general de la piel pueden adscribirse efectos erógenos muy nítidos. Entre estos, destacamos sobre todo los estímulos térmicos; quizás ello nos facilite la comprensión del efecto terapéutico de los baños calientes.

EXCITACIONES MECÁNICAS. Además, tenemos que incluir en esta serie la producción de una excitación sexual mediante sacudimientos mecánicos del cuerpo, de carácter rítmico. Debemos distinguir en ellos tres clases de influencias de estímulo: las que actúan sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, las que actúan sobre la piel y las que lo hacen sobre las partes profundas (músculos, aparato articular). La existencia de las sensaciones placenteras así generadas -merece destacarse que estamos autorizados a usar indistintamente, para todo un tramo, «excitación sexual» y «satisfacción», si bien nos obligamos así a brindar más adelante una explicación [véase pág. 194]-, la existencia de esas sensaciones placenteras, entonces, producidas por ciertos sacudimientos mecánicos del cuerpo, es documentada por el gran gusto que sienten los niños en los juegos de movimiento pasivo, como ser hamacados y arrojados por el aire, cuya repetición piden incesantemente.(45)

Como es sabido, regularmente se mece a los niños inquietos para hacerlos dormir. Los sacudimientos de los carruajes y, más tarde, del ferrocarril ejercen un efecto tan fascinante sobre los niños mayores que al menos todos los varoncitos han querido alguna vez ser cocheros o conductores de tren cuando grandes. Suelen dotar de un enigmático interés, de extraordinaria intensidad, a todo lo relacionado con el ferrocarril; y en la edad en que se activa la fantasía (poco antes de la pubertad) suelen convertirlo en el núcleo de un simbolismo refinadamente sexual. Es evidente que la compulsión a establecer ese enlace entre el viaje por ferrocarril y la sexualidad proviene del carácter placentero de las sensaciones de movimiento. Y si después se suma la represión, que hace que tantas de las predilecciones infantiles den un vuelco hacia su contrario, esas mismas personas reaccionarán en su adolescencia o madurez con náuseas si son mecidas o hamacadas, o bien un viaje por ferrocarril las agotará terriblemente, o tenderán a sufrir ataques de angustia en caso de viajar y se protegerán de la repetición de esa experiencia penosa mediante la angustia al ferrocarril.

A esta serie pertenece el hecho -todavía incomprendido- de que la neurosis traumática histeriforme grave se produce por sumación de terror y sacudimiento mecánico. Al menos puede suponerse que estas influencias, que en intensidades mínimas pasan a ser fuente de excitación sexual, en medida excesiva provocan una profunda conmoción del mecanismo o quimismo sexuales. (46)

ACTIVIDAD MUSCULAR. Es sabido que una intensa actividad muscular constituye para el niño una necesidad de cuya satisfacción extrae un placer extraordinario. Está sujeto a elucidaciones críticas el determinar si este placer tiene algo que ver con la sexualidad, si él mismo incluye una satisfacción sexual o puede convertirse en ocasión de una excitación sexual. Esas elucidaciones pueden apuntar también a

la tesis ya expuesta, a saber, que el placer provocado por las sensaciones de movimiento pasivo es de naturaleza sexual o genera excitación sexual. Es un hecho, no obstante, que muchas personas informan haber vivenciado los primeros signos de la excitación en sus genitales en el curso de juegos violentos o de riñas con sus compañeros de juego, situación en la cual, además de todo el esfuerzo muscular, operaba un estrecho contacto con la piel del oponente. La inclinación a trabarse en lucha con determinada persona mediante la musculatura, como en años posteriores la de trabarse en disputas mediante la palabra (“Odios son amores”), se cuenta entre los buenos signos anunciadores de que se ha elegido como objeto a esa persona. En la promoción de la excitación sexual por medio de la actividad muscular habría que reconocer una de las raíces de la pulsión sádica. Para muchos individuos, el enlace infantil entre juegos violentos y excitación sexual es codeterminante de la orientación preferencial que imprimirán más tarde a su pulsión sexual. (47)

PROCESOS AFECTIVOS. Las otras fuentes de excitación sexual en el niño suscitan menos dudas. Es fácil comprobar mediante observación simultánea o exploración retrospectiva que los procesos afectivos más intensos, aun las excitaciones terroríficas, desbordan sobre la sexualidad; esto, por lo demás, puede contribuir a la comprensión del efecto patógeno de esos movimientos del ánimo. En el escolar, la angustia frente a un examen, la tensión provocada por una tarea de difícil solución, pueden cobrar importancia, no sólo en lo tocante a su relación con la escuela sino para el estallido de manifestaciones sexuales. En tales circunstancias, en efecto, es harto frecuente que sobrevenga un sentimiento estimulador que urge el contacto con los genitales, o un proceso del tipo de una polución, con todas sus embarazosas consecuencias. La conducta de los niños en la escuela, que plantea a los maestros bastantes enigmas, merece en general ser vinculada con la incipiente sexualidad de aquellos. El efecto de excitación sexual de muchos afectos en sí displacenteros, como el angustiarse, el estremecerse de miedo o el espantarse, se conserva en gran número de seres humanos durante su vida adulta, y explica sin duda que muchas personas acechen la oportunidad de recibir tales sensaciones, sujetas sólo a ciertas circunstancias concomitantes (su pertenencia a un mundo de ficción, la lectura, el teatro) que amengüen la seriedad de la sensación de displacer.

Si es lícito suponer que también sensaciones de dolor intenso provocan idéntico efecto erógeno, sobre todo cuando el dolor es aminorado o alejado por una condición concomitante, esta relación constituiría una de las raíces principales de la pulsión sadomasoquista, en cuya múltiple composición vamos penetrando así poco a poco (48)

TRABAJO INTELECTUAL. Por último, es innegable que la concentración de la atención en una tarea intelectual, y, en general, el esfuerzo mental, tiene por consecuencia en muchas personas, tanto jóvenes como más maduras, una excitación sexual concomitante. Hemos de considerarla la única base legítima de la tesis, por otra parte tan dudosa, que hace derivar las perturbaciones nerviosas de un «exceso de trabajo» mental. (49)

Si ahora, tras estos ejemplos e indicaciones que no hemos comunicado de manera completa ni exhaustiva en cuanto a su número, abarcamos panorámica mente las fuentes de la excitación sexual infantil, vislumbramos o reconocemos los siguientes rasgos generales: múltiples reaseguros parecen velar por la puesta en marcha del proceso de la excitación sexual -cuya naturaleza, es cierto, acaba de volvérsenos enigmática-. Sobre todo cuidan por ella, más o menos directamente, las excitaciones de las superficies sensibles -la piel y los órganos de los sentidos-, y del modo más inmediato, las estimulaciones de ciertos sectores que han de definirse como zonas erógenas. Respecto de estas fuentes de la excitación sexual, la cualidad del estímulo es sin duda lo decisivo, aunque el factor de la intensidad (en el caso del dolor) no es del todo indiferente. Pero, además, preexisten en el organismo dispositivos a consecuencia de los cuales la excitación sexual se genera como efecto colateral, a raíz de una gran serie de procesos internos, para lo cual basta que la intensidad de estos rebase ciertos límites cuantitativos. Lo que hemos llamado pulsiones parciales de la sexualidad, o bien deriva directamente de estas fuentes internas de la excitación sexual, o se compone de aportes de esas fuentes y de las zonas erógenas. Es

posible que en el organismo no ocurra nada de cierta importancia que no ceda sus componentes a la excitación de la pulsión sexual. (50)

No me parece posible por ahora aportar más claridad y certeza a estas tesis generales; hago responsables de ello a dos factores: en primer lugar, la novedad de todo el abordaje y, en segundo lugar, la circunstancia de que la naturaleza de la excitación sexual nos es enteramente desconocida. No querría, empero, renunciar a dos observaciones que prometen abrirnos vastas perspectivas:

DIVERSAS CONSTITUCIONES SEXUALES. a) Así como antes vimos la posibilidad de basar las diversas constituciones sexuales innatas en la diferente plasmación de las zonas erógenas, ahora podemos ensayar eso mismo englobando las fuentes indirectas de la excitación sexual. Nos es lícito suponer que estas fuentes brindan su aporte en todos los individuos, pero que no tienen la misma intensidad en todos ellos; cabe admitir, entonces, que la plasmación privilegiada de cada una de las fuentes de la excitación sexual contribuye también a diferenciar las diversas constituciones sexuales. (51)

LAS VÍAS DE LA INFLUENCIA RECÍPROCA. b) Si abandonamos las expresiones figuradas que usamos durante tanto tiempo, y dejamos de hablar de «fuentes» de la excitación sexual, podemos arribar a esta conjetura: todas las vías de conexión que llegan hasta la sexualidad desde otras funciones tienen que poderse transitar también en la dirección inversa. Vaya un ejemplo: si el hecho de ser la zona de los labios patrimonio común de las dos funciones es el fundamento por el cual la nutrición genera una satisfacción sexual, ese mismo factor nos permite comprender que la nutrición sufra perturbaciones cuando son perturbadas las funciones erógenas de la zona común. Y una vez que sabemos que la concentración de la atención es capaz de producir excitación sexual, ello nos induce a suponer que actuando por la misma vía, sólo que en dirección inversa, el estado de excitación sexual influye sobre la disponibilidad de atención orientable. Una buena parte de la sintomatología de las neurosis, que yo derivó de perturbaciones de los procesos sexuales, se exterioriza en perturbaciones de las otras funciones, no sexuales, del cuerpo. Y esta influencia, hasta ahora incomprensible, se hará menos enigmática admitiendo que representa la contraparte de las influencias que presiden la producción de la excitación sexual. (52)

Ahora bien, esos mismos caminos por los cuales las perturbaciones sexuales desbordan sobre las restantes funciones de] cuerpo servirían en el estado de salud a otro importante logro. Por ellos se consumaría la atracción de las fuerzas pulsionales sexuales, hacia otras metas, no sexuales; vale decir, la sublimación de la sexualidad. No podemos menos que concluir confesando que es muy poco todavía lo que sabemos con certeza acerca de estas vías, sin duda existentes y probablemente transitables en las dos direcciones. (53)

NOTAS

1. [Nota agregada en 1915:] Por cierto, no es posible individualizar la cuota correspondiente a la herencia antes de apreciar la que pertenece a la infancia.

2. Tiempo después, la afirmación del texto me pareció a mí mismo tan osada que me impuse la tarea de volver a cotejada recorriendo la bibliografía. Resultado de este reexamen fue dejada intacta. El estudio científico de los fenómenos de la sexualidad en la infancia, tanto corporales como anímicos, se encuentra en sus primeros pasos. Un autor, Bell (1902, pág. 327), observa: «I know of no scientist who has given a careful analysis of the emotion as it is seen in the adolescent» {«No conozco ningún científico que haya hecho un cuidadoso análisis de la emoción tal como la vemos en el adolescente»}. Manifestaciones sexuales somáticas del periodo anterior a la pubertad han sido objeto de atención solamente a raíz de fenómenos degenerativos y como signos de degeneración. En ninguna de las exposiciones de psicología infantil que he leído se encuentra un capítulo sobre la vida amorosa; esto vale para las conocidas obras de Preyer [1882], Baldwin (1898), Pérez (1886), Strumpell (1899), Groos (1904), Heller (1904), Sully (1898) y otras. La revista Die Kinderfehler {Las deficiencias del niño}, desde 1896 en adelante, nos proporciona la impresión más clara del actual estado de cosas en este campo. No obstante, uno se convence de que descubrir la existencia del amor en la infancia es innecesario. Pérez (1886, págs. 272 y sigs.) aboga en favor de ella; K. Graos (1899, pág. 326) menciona como cosa de todos conocida el hecho de que «muchos niños son accesibles a mociones sexuales ya muy temprano, y sienten hacia el otro sexo un impulso de contacto»; el caso más reciente de emergencia de mociones amorosas sexuales (sex-love) en la serie de observaciones de Bell (1902 [pág. 330]) concierne a un niño a mediados de su tercer año. Sobre esto, d. también Havelock Ellis, Das Geschlechtsgefühl (traducción de Van Kurella), 1903, Apéndice n.

[Agregado en 1910:] El juicio formulado en el texto sobre la bibliografía acerca de la sexualidad infantil ya no puede sostenerse tras la aparición de la gran obra de Stanley Hall (1904). El libro reciente de A. Moll (1909) no ofrece motivo para una modificación de esa índole. Véase, por otra parte, Bleuler (1908). [Agregado en 1915:] Después, un libro de Hug-Hellmuth (1913b) ha tomado plenamente en cuenta el descuidado factor sexual.

3. En mi ensayo «Sobre los recuerdos encubridores» (1899a) intenté solucionar uno de los problemas que se enlazan con los recuerdos infantiles más tempranas. [Agregado en 1924:] Cf. también el capítulo IV de mi Psicopatología de la vida cotidiana (1901b).

4. [Nota agregada en 1915:] No puede comprenderse el mecanismo de la represión si se toma en cuenta uno solo de estos dos procesos que cooperan entre sí. A título de comparación puede servir el modo en que los turistas son llevados hasta la cúspide de la gran pirámide de Giza: de un lado los empujan, del otro los atraen. [Cf. Freud, «La represión» (1915d).]

5. [Cf. la carta a Fliess del 10 de marzo de 1898 (Freud, 1950a, Carta 84), AE, 1, pág. 316.]

6. [Por ejemplo, en «La etiología de la histeria» (1896c), AE, 3, pág. 201.]

7. Este último material se vuelve utilizable por la justificada expectativa de que la infancia de los que después son neuróticos no puede diverger esencialmente de la infancia de los después normales [agregado en 1915:], sino sólo en cuanto a la intensidad y claridad de los fenómenos involucrados.

8. Una posible analogía con la trayectoria de la función sexual infantil, tal como yo la postulo, la proporcionaría el descubrimiento de Bayer (1902) de que los órganos sexuales internos (útero) de los recién nacidos son, por lo general, más grandes que en los niños de más edad. Empero, esta concepción de una involución posterior al nacimiento, que Halban comprobó también para otras partes del aparato genital, no está certificada. Según Halban (1904), este proceso termina tras unas pocas semanas de vida extrauterina. [Agregado en 1920:] Los autores que consideran a la región intersticial de las glándulas germinales como el órgano determinante del sexo se vieron forzados, a raíz de ciertas investigaciones anatómicas, a hablar a su vez de sexualidad infantil y de período de latencia sexual. Cito un pasaje del libro de Lipschutz (1919, pág. 168), al que ya hice alusión en la pág. 134n.: «Se responde mucho más a los hechos si se afirma que la maduración de los rasgos sexuales, tal como se produce en la pubertad, no consiste sino en el discurrir de unos procesos que en esa época se aceleran fuertemente, pero ya habían empezado mucho antes - según nuestra concepción, ya en la vida embrionaria -». «Es probable que lo que hasta ahora se ha designado simplemente "pubertad" no sea sino una segunda gran fase de la pubertad, que se inicia a mediados de la segunda década de vida. (...) La infancia, contada desde el nacimiento hasta el comienzo de la segunda gran fase, podría designarse como la "fase intermediaria de la pubertad"» (ibid., pág. 170). Esta concordancia entre los hallazgos anatómicos y la observación psicológica, destacada en una reseña [sobre el libro de Lipschutz] de Ferenczi (1920), desaparece por la indicación de que el «primer punto de inflexión» del desarrollo del órgano sexual cae dentro del período embrionario temprano, mientras que el temprano florecimiento de la vida sexual ha de situarse en el niño en su tercero y cuarto años, Desde luego, no se requiere la total simultaneidad de la conformación anatómica con el desarrollo

psíquico. Las investigaciones de referencia se hicieron para las glándulas germinales del ser humano. Puesto que a los animales no les corresponde un período de latencia en sentido psicológico, importaría mucho saber si esos hallazgos anatómicos sobre cuya base los autores suponen dos puntos de inflexión del desarrollo sexual pueden rastrearse también en otros animales superiores.

9. La designación «período de latencia sexual» la he tomado también de Fliess.

10. [Nota agregada en 1915:] En el caso aquí considerado, la sublimación de las fuerzas pulsionales sexuales se realiza por la vía de la formación reactiva. Pero, en general, es lícito distinguir conceptualmente sublimación y formación reactiva como dos procesos diversos. También puede haber sublimaciones por otros caminos, más simples. [Un ulterior examen teórico de la sublimación se hallará en «Introducción del narcisismo» (1914c), AE, 14, págs. 91-2, y en varios pasajes de El yo y el ello (1923b), capítulos III, IV Y V.]

11. [Freud emplea aquí términos alemanes corrientes en la crianza de niños: «Ludeln» o «Lutschen» {chupeteo}, junto con «Wonnesaugett» {mamar con fruición}. El Conrad de Struwwelpeter, de F. H. Hoffmann, era un «Lutscher» {chupeteador}.]

12. Ya se presenta aquí lo que tendrá vigencia toda la vida: la satisfacción sexual es el mejor somnífero. La mayoría de los casos de insomnio neurótico se reconducen a una insatisfacción sexual. Es sabido que niñeras inescrupulosas hacen dormir a los niños que gritan sobándoles los genitales. [Cf. pág. 86, n. 10.]

13. [Este párrafo fue agregado en 1915. En las ediciones de 1905 y 1910 aparecía en su lugar el siguiente: «Ningún observador tuvo jamás dudas acerca de la naturaleza sexual de esta actividad. Sin embargo, las mejores teorías creadas por adultos con respecto a este ejemplo de conducta sexual infantil nos dejan en ayunas. Considérese el análisis que hace Moll [1898] de la pulsión sexual, a la que descompone en una pulsión de detumescencia y otra de contractación. [Cf. supra, pág. 154, n. 53.] El primero de esos factores no puede estar en juego en este caso, y al segundo sólo es posible reconocerlo con dificultad, dado que, según Moll, aparece después de la pulsión de detumescencia y está dirigido hacia las otras personas». - En 1910 se agregó, luego de la primera oración de este párrafo suprimido, la nota siguiente: «Con excepción de Moll (1909)>>.]

14. [Nota agregada en 1920:] En 1919, en el número 20 del Neurologisches Zentralblatt, un tal doctor Galant publicó, bajo el título «Das Lutscherli» {La chupeteada}, la confesión de una muchacha adolescente que no ha abandonado esta práctica sexual infantil y que describe la satisfacción que le procura el chupeteo como enteramente análoga a una satisfacción sexual, en particular cuando proviene del beso del amado" «No todos los besos se asemejan a una chupeteada. ¡No, no; ni mucho menos! Es indescriptible el goce que a una le recorre todo el cuerpo cuando chupetea; simplemente, una está muy lejos de este mundo, totalmente satisfecha y en medio de una dicha que no conoce deseos. Es un sentimiento maravilloso; no se pide más que paz, paz, que no debe ser interrumpida" Es indeciblemente hermoso: no se siente ningún dolor ni pena; una se ve transportada a otro mundo».

15. [Nota agregada en 1920:] Es verdad que Havelock Ellis ha definido el término «autoerótico» de manera un poco distinta, en el sentido de una excitación que no es provocada desde fuera, sino que se engendra en la interioridad misma. Para el psicoanálisis, lo esencial no es la génesis, sino el vínculo con un objeto" - [En todas las ediciones anteriores a 1920, esta nota rezaba como sigue: «Havelock Ellis no hace sino estropear el sentido del término que él inventó cuando incluye la histeria toda y la masturbación, en su íntegro alcance, dentro de los fenómenos del autoerotismo».]

16 [Esta oración fue agregada en 1915. Cf. «Introducción del narcisismo» (1914c), AE, 14, pág. 84.]

17 [En la primera edición decía aquí «Todas mis pacientes».]

18 [Esta cláusula fue agregada en 1915; además, en las ediciones anteriores decía «dos caracteres» en lugar de «tres» en la primera oración de este párrafo.]

19 [Nota agregada en 1915:] Posteriores reflexiones, así como la aplicación de otras observaciones, me llevaron a atribuir la propiedad de la erogenidad a todas las partes del cuerpo y a todos los órganos internos. Cf. infra [págs. 198-9] más consideraciones sobre este tópico a propósito del narcisismo. [En la edición de 1910 aparecía en este punto la siguiente nota al pie: «Los problemas biológicos que se vinculan con la hipótesis de las zonas erógenas han sido examinados por Alfred Adler (1907)>>.]

20 [Nota agregada en 1920:] En elucidaciones de carácter biológico es muy difícil dejar de recurrir a giros conceptuales teleológicos, aunque uno sabe muy bien que en ningún caso singular está a cubierto de errores. [Cf. pág. 142, n. 23, y pág. 171, n. 26.]

21 [Esta descripción de la forma en que se establece un deseo sexual determinado sobre la base de una «vivencia de satisfacción» no es más que una aplicación particular de la teoría general de Freud sobre el mecanismo de los deseos, tal como la expuso en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5, págs. 557-8. Esta teoría ya había sido esbozada por él en el «Proyecto de psicología» (1950a), AE, 1, págs. 373-5. En ambos pasajes el ejemplo utilizado es el de un bebé mamando. Este tema se vincula con las opiniones de Freud sobre el «examen de realidad», como lo consideró, por ejemplo, en su trabajo sobre «La negación» (1925h 1. AE, 19, págs. 255-6.)

22 Véase acerca de esto la bibliografía sobre el onanismo, muy abundante, pero casi siempre desorientada en cuanto a los puntos de vista que adopta; por ejemplo, Rohleder (1899). [Agregado en 1915:] También, el informe del debate en torno de este tema en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (*Viskussionen*, 1912) [y en particular la contribución del propio Freud a dicho debate (1912f)].

23. [Nota agregada en 1910:] Cf. mi ensayo «Carácter y erotismo anal» (1908b) [agregado en 1920:] y «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917c).

24 [El párrafo siguiente se agregó en 1915. Su contenido fue ampliado en uno de los trabajos que se mencionan en la nota anterior (1917c).]

25 [Nota agregada en 1920:] En un trabajo que ahonda extraordinariamente nuestra comprensión de la importancia del erotismo anal, Lou Salomé (1916) consigna que la historia de la primera prohibición que recibe el niño, la prohibición de ganar placer con la actividad anal y sus productos, es decisiva para todo su desarrollo. A raíz de ella, el pequeño vislumbraría por primera vez la existencia de un medio hostil a sus mociones pulsionales, aprendería a separar su propio ser de ese otro, extraño, y consumiría después la primera «represión» de sus posibilidades de placer. Lo «anal» permanecería desde entonces como el símbolo de todo lo que hay que desechar {*verwerfen*}, segregar de la vida. El tajante divorcio que más tarde se le exige entre procesos anales y genitales es contradicho por las estrechas analogías y vínculos anatómicos y funcionales entre ambas clases de procesos. El aparato genital sigue vecino a la cloaca y [para citar a Lou Andreas-Salomé] «más aún: en el caso de la mujer no hace sino tomarle terreno en arriendo».

26 [En las ediciones de 1905 y 1910, la última parte de esta oración decía: «difícilmente puede desconocerse, entonces, que el propósito de la naturaleza ha sido establecer, mediante el onanismo del lactante (al que casi ningún individuo escapa), el futuro primado de estas zonas erógenas para la actividad sexual». Debido a su índole teleológica, esta argumentación en favor de la universalidad del onanismo infantil fue agudamente criticada por Rudolf Reitler al discutirse el tema, en 1912, en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (*Diskussionen*, 1912, págs. 92-3). En su propia intervención en el debate (*ibid.*, pág. 134; Freud, 1912/), Freud reconoció que su manera de exponerla no había sido feliz, y se comprometió a modificarla en reimpressiones posteriores. Así fue como en la edición de 1915 sustituyó el pasaje anterior por el actual. Cf. *supra*, pág. 142 y n. 23, y pág. 167 y n. 20.]

27. [Nota agregada en 1915:] Las técnicas inusuales para practicar el onanismo en años posteriores parecen remontarse a la influencia de una prohibición de onanismo superada.

28. [Este párrafo se agregó en 1915. En la edición de ese año se añadieron, asimismo, el subtítulo del apartado siguiente y, en la segunda oración de este, el inciso «por lo común antes del cuarto año». Además, en la primera oración del apartado, «tras breve lapso» vino a remplazar a «al comienzo del período de latencia», como figuraba en 1905 y 1910. En estas dos ediciones el párrafo siguiente comenzaba así: «Durante los años de la niñez (aún no ha sido posible establecer generalizaciones en cuanto a la cronología), vuelve la excitación sexual de la primera infancia... ». Todos estos cambios introducidos en 1915 estaban motivados, sin duda, por la necesidad de distinguir mejor la segunda de la primera fase de actividad sexual infantil, y de asignarle a aquella una fecha más precisa «<hacia el cuarto año de vida».)]

29. [Nota agregada en 1915:] Aguarda todavía un esclarecimiento analítico exhaustivo el hecho, reconocido hace poco por Bleuler [1913a], de que la conciencia de culpa de los neuróticos se ligue regularmente al recuerdo de la práctica onanista, casi siempre del período de la pubertad. [Agregado en 1920:] Tal vez, el factor más general e importante en este condicionamiento es el hecho de que el onanismo constituye el poder ejecutivo de toda la sexualidad infantil, y por eso está habilitado para tomar sobre sí el sentimiento de culpa adherido a esta.

30. [Véase el detallado examen que hace Freud de esto en su segundo trabajo sobre el papel de la sexualidad en las neurosis (1906a), *infra*, págs. 265-6.] Havelock Ellis (1903) [Apéndice B] ha publicadlo cierto número de informes autobiográficos, de personas que en su mayoría permanecieron normales en su vida posterior, acerca de sus primeras mociones sexuales en la infancia, y las ocasiones de estas. Tales informes adolecen, desde luego, del defecto de no contener la prehistoria de la vida sexual, encubierta por la amnesia infantil. Ella sólo puede ser completada mediante psicoanálisis en un individuo que se ha

vuelto neurótico. Empero, son valiosos en más de un aspecto, e informaciones de la misma índole son las que me movieron a modificar mis supuestos etiológicos, como lo consigno en el texto. [Freud volvió a referirse a estos informes autobiográficos en «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908c), AE, 9, pág. 188.]

31 [«Sexual» en 1905 y 1910.]

32 [En la primera edición (1905), esta oración rezaba: «El correspondiente [...] se agrega sólo más avanzada la niñez, cuando... ». En 1910 se añadió la palabra «probablemente»; en 1915, «se agrega» fue remplazado por «se hace manifiesto»; y en 1920 se insertó «algo» delante de «más avanzada». - El tema del exhibicionismo en los niños pequeños había sido examinado por Freud con cierta extensión en La interpretación de los sueños (1900a), AE, 4, págs. 254-6.]

33. [Las dos últimas oraciones recibieron su forma actual en 1915.

En 1905 y 1910 se leían como sigue: «Tenemos derecho a suponer que las mociones crueles fluyen de fuentes en realidad independientes de la sexualidad, pero que ambas pueden entrar en conexión tempranamente, por una anastomosis [conexión transversal] próxima a sus orígenes. No obstante, la observación enseña que entre el desarrollo sexual y el de la pulsión de ver y de crueldad persisten influencias recíprocas, que vuelven a restringir la aseverada independencia entre ambas clases de pulsiones».]

34. [Nota agregada en 1910:] En 1905, eran esencialmente los resultados de la exploración psicoanalítica de adultos los que me autorizaban a formular las tesis expuestas en el texto acerca de la sexualidad infantil. En esa época no podía aún sacarse pleno partido de la observación directa del niño, que sólo había proporcionado indicios aislados y valiosas confirmaciones. Desde entonces se ha conseguido una intelección directa de la psicosexualidad infantil mediante el análisis de diversos casos de contracción de neurosis en la primera infancia. Puedo apuntar, con satisfacción, que la observación directa certificó plenamente las inferencias del psicoanálisis y, así, ha brindado un buen testimonio de la confiabilidad de este método de investigación. Por otra parte, el «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909b) nos ha enseñado muchas cosas nuevas para las cuales el psicoanálisis no nos había preparado; por ejemplo, el hecho de que cierto simbolismo sexual, cierta figuración de lo sexual por objetos y relaciones no sexuales, llega hasta esos primeros años, en que recién se empieza a dominar el lenguaje. Además, me saltó a la vista una falla expositiva del texto, donde, en beneficio de la claridad, se describía la separación conceptual entre las dos fases, el autoerotismo y el amor de objeto, como si fuese también una división temporal. Pero por los análisis citados, así como por las comunicaciones de Bell (cf. supra, pág. 157, n. 2), nos ente: ramos de que niños de tres a cinco años de edad son capaces de una muy clara elección de objeto, acompañada por fuertes afectos. [En la edición de 1910 esta nota continuaba así: «Otros aportes a nuestro conocimiento de la vida sexual infantil que aún no han sido mencionados en el texto se refieren a las investigaciones sexuales de los niños, las teorías a que ellas los llevan (d. mi trabajo sobre este tema, 1908c), la gravitación de estas teorías en las neurosis ulteriores, el resultado de tales investigaciones infantiles y su relación con el desarrollo de las facultades intelectuales de los niños».]

35 [Esta sección se incluyó por primera vez en 1915.]

36 [En un trabajo posterior (1925j), Freud corrigió este aserto, declarando que no es válido para las niñas y no siempre lo es para los varones.]

37 [Nota agregada en 1920:] Tenemos derecho a hablar de un complejo de castración también en las mujeres. Tanto los varoncitos como las niñas forman la teoría de que también la mujer tuvo originariamente un pene que perdió por castración. En el individuo de sexo masculino, la convicción finalmente adquirida de que la mujer no posee ningún pene deja a menudo como secuela un, permanente menosprecio por el otro sexo.

38 [Nota agregada en 1924:] En estos últimos años de la infancia abundan mucho las teorías sexuales. En el texto se mencionan sólo unos pocos ejemplos.

39 [También esta sección se incluyó por primera vez en 1915.

El concepto de «organización pregenital» de la vida sexual parece haber sido introducido por Freud en «La predisposición a la neurosis obsesiva» (1913i), donde se ocupa solamente, sin embargo, de la organización sádico-anal. En apariencia, la organización oral fue reconocida como tal por primera vez en el presente pasaje.]

40 [Nota agregada en 1920:] Sobre los restos de esta fase en neuróticos adultos, d. Abraham (1916). [Agregado en 1924:] En otro de sus trabajos (1924), este mismo autor descompuso tanto esta fase oral como la posterior fase sádico-anal en dos subdivisiones, caracterizadas por una diferente conducta hacia el objeto.

41. [Nota agregada en 1924:] En el ensayo mencionado en último término (1924), Abraham llama la atención sobre el hecho de que el ano proviene de la boca primordial {blastoporo} del embrión, lo cual parece un modelo biológico del desarrollo psicosexual.

42 [Nota agregada en 1924:] Con posterioridad (1923) he modificado esta exposición intercalando, tras las dos organizaciones pregenitales en el desarrollo del niño, una tercera fase; esta merece ya el nombre de fase genital, muestra un objeto sexual y cierto grado de convergencia de las aspiraciones sexuales sobre este objeto, pero se diferencia en un punto esencial de la organización definitiva de la madurez genésica. En efecto, no conoce más que una clase de genitales, los masculinos. Por eso la he llamado el estadio de organización fálico (Freud, 1923e [donde se cita casi íntegramente este párrafo del texto]). Según Abraham [1924], su modelo biológico es la disposición genital indiferenciada del embrión, de la misma clase para ambos sexos.

43 [En 1915 aquí decía «tres»; la modificación es de 1920. Véase también infra, pág. 203, el final de la n. 22.]

44 [Estas dos corrientes fueron detenidamente examinadas en «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912d), AE, 11, págs. 174-80.]

45 Muchas personas recuerdan haber sentido la presión del aire sobre sus genitales .al hamacarse como un directo placer sexual. [Un ejemplo específico de esto se cita en una nota de La interpretación de los sueños (1900'a), AE, 4, pág. 280, donde se examina todo este asunto.]

46. (; [Hasta 1924 decía «el mecanismo sexual".]

47. [Nota agregada en 1910:] El análisis de casos de perturbación neurótica de la marcha y de agorafobia no deja dudas sobre la naturaleza sexual del placer del movimiento. Como 'es sabido, la educación moderna se sirve en gran medida del deporte para apartar a los jóvenes de la actividad sexual; más correcto sería decir que sustituye en ellos el goce sexual por el placer del movimiento y circunscribe la práctica sexual a uno de sus componentes autoeróticos.

48 [Nota agregada en 1924:] Aquí me refiero a lo que se conoce como masoquismo «erógeno». [cf. pág. 144, n. 28.]

49. [Se hallarán algunas puntualizaciones previas de Freud sobre este tema en «La sexualidad en la etiología de las neurosis» (1898a), AE, 3, pág. 265, Y algunas más tardías en «Análisis terminable e interminable» (1937c), AE, 23, pág. 228,].

50 [Freud citó este pasaje en «El problema económico del masoquismo» (1924r), AE, 19, pág. 169.]

51 [Nota agregada en 1920:] He aquí una consecuencia inevitable de las puntualizaciones hechas en el texto: es preciso atribuir a todo individuo un erotismo oral, anal y uretral, y la comprobación de los complejos anímicos que les corresponden no implica juicio alguno sobre anormalidad o neurosis. Las diferencias que separan lo normal de lo anormal sólo pueden residir en las intensidades relativas de los componentes singulares de la pulsión sexual y en el uso que reciben en el curso del desarrollo.

52 [Freud re tomó la cuestión, con especial referencia a la perturbación psicógena de la visión, en su trabajo sobre este tema (1910i), AE, 11, págs. 213-5.]

53 [En una carta que Abraham escribió a Freud el 14 de mayo de 1911 le solicitaba una breve aclaración sobre este párrafo. Freud le respondió el 18 de mayo lo siguiente: «El pasaje de Teoría sexual forzosamente debía resultar ambiguo porque tras él no había ninguna idea clara, sólo una construcción. Hay caminos, de naturaleza desconocida, a través de los cuales los procesos sexuales ejercen un efecto sobre la digestión, la hematopoyesis, etc. Las influencias perturbadoras provenientes de la sexualidad recorren estos caminos, y entonces, normalmente, es probable que también lo hagan los aflujos benéficos o útiles de algún otro tipo» (Freud, 1965a).]